

Poetas de Ida y Vuelta

Por IGNACIO VALENTE

El don poético es cosa esquiva y misteriosa, que se derrama en el decir imperfecto de un muchacho, lo mismo que se niega a los conjuros de un versificador empedernido. Me hago esta reflexión ante el sexto libro de poemas de Fernando Lamberg, que por una vez más no da en el blanco, y ante el primer libro de poemas de Gonzalo Millán, que en la indecisión de una voz nueva anuncia ya al poeta que será.

"La innumerable humanidad", se llama la obra del primero, cuya solapa le atribuye cualidades épicas. Esta epopeya del acontecer multitudinario contiene un insistente alegato en favor de la intimidad personal aplastada por el mundo contemporáneo. "¿No pasa a ser todo una cifra estadística, un dato para el censo? Sí, ahora parece que la técnica amamanta al hombre..." Originales pensamientos. Y una pregunta: "¿Dónde, dónde el perfume de las cotizaciones, en qué lugar la piel de la cifra, a qué altura el rocío de las estadísticas?"

¿Dónde, dónde está la poesía de este alegato perfectamente prosístico? ¿En las mínimas figuras metafóricas —amamantar, perfume, rocío— que revisten superficialmente una idea apta para ser dicha en la prosa del ensayo? "Surge un mundo en el cual se empuñan las distancias... / Los satélites giran llevando las imágenes a los televisores". Hay aquí la presencia continua de un material prosaico no transformado, obvio, sin misterio ni gracia ni lenguaje. Que me perdone el autor si me fijo más de la cuenta en estos versos suyos: "Dame, musa obrera, / el overol de la inspiración, / asigne el trabajo y el número de versos que debo entregar al fin de la jornada".

El autor quiere ser profundo, y es fácil. Quiere ser humorístico, didascálico, y resulta obvio. Quiere ser crítico y moralista, y es edificante. Los lugares comunes no lo abandonan. Dirá de la mujer: "Tu talle tiene la gracia de la palmera". Del deporte: "Lo importante no es vencer, sino competir". Del sur chileno: "¿Cómo no amar la patria largamente extendida y no llenar la sangre con sus rojos copihues?" Si el deseo es épico, el resultado es tóxico. Y cuando el aliento de una causa ética o social lo inspira, al no brotar desde dentro de una emoción verbal, resulta algo exterior e inerte, incapaz de dar vida a estos poemas que por sí mismos no la tienen.

El mundo poético de Gonzalo Millán es diverso, más secreto, exento de retórica. Por de pronto, no se propone "temas" que se presten a la grandilocuencia, sino, estrictamente, situaciones. No quiere abrazar el acontecer contemporáneo, sino —ejemplar limitación para quien comienza— algo más factible y real: contar un pequeño mundo personal. Y en la concreción de este mundo, de la anécdota, de la circunstancia, del acto, apresa un destello de la condición humana que no existe, en cambio, en el abordaje exterior y temático de Lamberg.

Paradójicamente, "Relación personal" es una defensa más convincente de la intimidad humana que el fervoroso alegato de "La innumerable humanidad", porque éste plantea la cuestión de un modo casi abstracto, mientras que Millán actúa poéticamente tal afirmación, la realiza como poema. El tema erótico, por lo demás, no está abordado según la retórica secular de la poesía amorosa. Hay una intensa originalidad en la expresión de este sentimiento casi amargo, casi irónico, adusto y frío, carnal y descarnado, que en Millán ocupa el lugar de las convencionales nostalgias y protestas de amor, sin caer, por otra parte, en el simple humor.

Me pagas con mala moneda, mujer,
y con un sueldo vital el empleo
que te hago de mi amor y de mi tiempo.

Me voy a jubilar un día de estos
y me retiraré a vivir gastado,
solo con mis pobres rentas.

La relación erótica hace una sola cosa con su marco de asociaciones, que no es el decorado habitual de una naturaleza idealizada, sino, curiosamente, un mundo concreto de animalillos, hojas, frutos, algas en putrefacción —cuántas cosas se pudren o hieden en estos versos—, una declinación vegetativa, un verano muerto, una playa o un jardín algo nauseabundos. En esta atmósfera se desarrolla un profundo cansancio de la carne, la comprobación de una sexualidad caída, el desagrado casi infantil del hombre impelido a una oscura experiencia que lo decepciona y en la que aún ahora, por contraste, el paraíso perdido:

Un muñeco podrido bajo tierra en un jardín
y las ciruelas perdiendo el gusto ácido en el agua
Tras las carcomidas lanzas de madera de una reja
se le pegan los pétalos en los labios
a un niño que muerde flores rojas.

Y yo con mis grandes manos, desde lejos,
comienzo a tocar el plano de juguete.

Muy influido por el tono y el lenguaje de Armando Uribe, Millán lleva el mismo camino de la contención implacable del sentimiento (que a la larga lo exacerba), de la ironía como correctivo interior del lirismo, y la sobriedad casi lapidaria en el abordaje de la situación. Naturalmente, este primer libro de Millán tiene un alcance creador modesto y tentativo; es inútil detenerse en sus vacilaciones formales. Pero yo celebro en él una intuición y una conciencia poética que, por lo visto, no existen en otros más prolíficos e inveterados versificadores de nuestra literatura joven.